

Libros del Asteroide 

Charlotte Wood

El retiro

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



Me sentí escarmentado del mundo.

NICK CAVE

Esto es lo que he decidido hacer con mi vida en este momento. Me ocuparé en este ejercicio de recuerdos transformados —deformados, incluso— y llevaré esta vida: la que llevo hoy.

ELIZABETH HARDWICK

Primera parte

Libros del Asteroide

Día Uno

Llego finalmente hacia las tres. El sitio parece un balneario de los años setenta o una ecocomuna, pero no es acogedor. Carteles en las vallas, o en pequeños postes junto a los caminos: PROHIBIDO EL PASO. PROHIBIDO APARCAR. Un lugar de trabajo, no de diversión.

Aparco en un punto indeterminado, cerca de una valla, y permanezco sentada en el silencio del coche.

De camino hacia aquí paré en el pueblo y visité la tumba de mis padres por primera vez en treinta y cinco años. Tardé en encontrarlos en lo que llaman el «cementerio del césped», la zona nueva, separada por un vallado —¿por qué?— del cementerio originario, con sus sinuosas hileras de cruces y sus lápidas de piedra blanca. La parte antigua está custodiada por unos pinos negros enormes; los cuervos y las cakatúas chillan en sus altas ramas. Por el contrario, el cementerio del césped es una extensión llana y aburrida, surcada de hileras en curva de lápidas feas, todas de las mismas dimensiones.

Más ordenado, supongo (¿por qué tiene que ser ordenado un cementerio?).

No hay césped, solo hierba seca y polvorienta.

Para encontrar a mis padres tuve que recordar la sensación de frío y desprotección — física, me refiero — que experimenté en cada uno de sus funerales, como si ese lugar donde los depositaron, primero a mi padre y después a mi madre, en huecos contiguos excavados en la tierra, estuviera rodeado de un espacio excesivo. (En aquel momento me pareció una falta de sensibilidad bajar a una persona a un agujero en el suelo utilizando cuerdas en vez de brazos.) Pero al caminar esta vez por el cementerio, el recuerdo de esa sensación me ayudó a localizar el sitio. Me planté delante de las lápidas de mi madre y de mi padre, dos trozos de piedra pulida y cortada por una máquina. El color y el diseño de las lápidas, lo mismo que las palabras que tenían grabadas, no parecían guardar relación alguna con mis padres, aunque debí de ser yo quien las eligió y aprobó.

Alguien había puesto unas flores de plástico horrorosas en la pequeña rejilla que hay junto a las lápidas. Quizás unos voluntarios se ocupan de poner flores artificiales en las tumbas que no visita nadie. ¿Quién si no iba a preocuparse del lugar donde están enterrados mis padres después de tanto tiempo? El plástico de las flores se había vuelto gris, aunque en tiempos seguramente había sido de colores chillones, como las que sobresalían de los pequeños floreros de otras lápidas: pétalos sintéticos de formas irregulares, morados, granates y blancos, con tallos de color verde oscuro jalonados con nudos y hojas artificiales.

De pie sobre la hierba, miré aquellas flores tan feas y los nombres de mis padres tallados en las lápidas que

tenía delante. Y pensé: *Vuestros huesos están aquí, bajo mis pies*. Me senté sobre los escasos palmos de tierra que separaban sus cuerpos del mío, me besé los dedos y los apreté contra la hierba seca.

Al volver al coche recordé algo más: una llamada, muchos meses después de la muerte de mi madre. Una voz de hombre que me decía en un susurro que la lápida estaba lista. Me recuerdo de pie, junto a la puerta del lavadero, con el teléfono en la mano, impávida por fuera mientras todo en mi interior se desmoronaba. Como si una montaña de arena colapsara dentro de mí.

Hacia el final del trayecto el cielo se oscureció y empezó a lloviznar. La carretera comenzó a zigzaguear por una pronunciada pendiente —mi coche subía a duras penas por el asfalto húmedo—, adentrándose en un túnel de densa maleza para abrirse al otro lado a estas llanuras infinitas, agrestes y peladas como el ante desgastado.

Nombres de sitios que creía olvidados volvieron a mí uno a uno: Chakola, Royalla, Bredbo, Bunyan. Jerangle, Bobundara, Kelton Plain, Rocky Plain, Dry Plain, como las cuentas de un rosario. Como si nombrara los huesos de mi propio cuerpo.

Poco después de llegar sale el sol. Me bajo del coche, miro a mi alrededor e intento averiguar adónde tengo que ir. Hay unos cedros de Tasmania escuálidos, unos pocos eucaliptos empapados, mucho silencio.

Tres o cuatro pequeñas cabañas de madera pintadas de un color oliva apagado; tejados a dos aguas de chapa verde.

Deambulo hasta que encuentro una cabaña con un cartel en el que se lee OFICINA y llamo a la puerta. Aparece una mujer que se presenta como la hermana Simone. Lo pronuncia *Simone*, con algo de acento (¿francés?). Edad indeterminada, semblante serio pero apacible al mismo tiempo. Enjuta. Dientes bastante amarillentos. Se disculpa por no haber salido a recibirme; tiene cosas que hacer, pero, si espero un poco, la gobernanta me enseñará el sitio. Me dice con una amplia sonrisa —una mueca, más bien— que me ha buscado en internet y que mi trabajo parece «muy admirable». Su tono me resulta sutilmente insultante. Sonrío y le digo que internet es muy engañoso. Se queda callada un momento y después dice que salvar a criaturas de Dios es sin duda un trabajo importante. Está un tanto contrariada, creo. No parece acostumbrada a que le lleven la contraria. Nos dedicamos amplias sonrisas la una a la otra y cierra la puerta de la oficina.

Anita, la gobernanta. Habladora y de trasero amplio. Tirita un poco a pesar del chaleco granate de lana que lleva sobre una blusa turquesa; pantalones azul marino. Me enseña los edificios y la finca, me guía sin parar de hablar, y yo apresuro el paso detrás de ella. Ella nunca podría ser monja —imagine tener que levantarse a las cinco de la mañana para maitines. ¡En invierno! Además, no pueden ver Netflix: «Yo no podría con eso» —.

Descruza los brazos cada vez que quiere señalar algo —tienda, huerto antiguo, cabañas de huéspedes; hace un gesto para mostrarme, a lo lejos, los cercados, una pequeña presa—, los vuelve a cruzar para combatir el frío y seguimos andando hacia una pequeña capilla de piedra. Abro la boca para decir: *No se preocupe, no necesito ver el interior*, pero no quiero ser descortés. Abrimos una puerta ancha de madera y entramos. El parloteo de Anita no cesa, pero se vuelve susurro, aunque no hay nadie en la iglesia. Se acaba de enterar, dice, de que a esto no se le llama capilla —las capillas son propiedad privada—. Esto es una iglesia consagrada. Cuando entran aquí se llama la liturgia de las horas, musita, articulando estas palabras como si las dijera en una lengua extranjera. Que supongo que lo es.

Anita señala una esquina: «Ahí es donde se sienta *usted*».

Cuatro bancos apartados en un lateral, separados de los del centro de la iglesia, que imagino que son los que usan las monjas. Los bancos de los huéspedes son más pequeños que los de ellas, de diseño más moderno y madera de pino clara. Cada sitio está marcado con un cojín marrón, liso y cuadrado, y, delante, hay un reclinatorio de la longitud del banco, con un acolchado de cuero marrón. Anita espera que le demuestre que sé cómo sentarme. El asiento es sorprendentemente cómodo.

Junto al altar hay un sencillo atril de madera, delante de un enorme crucifijo colgado en la pared en calada.

Cuando nos vamos, Anita se detiene para mostrarme un centro de flores muy grande, en el suelo, debajo del crucifijo. Lo hizo una de las oblatas, dice. Mascullo un

sonido indefinido. Sí, asiente Anita, y suspira con admiración. Es una oblata muy pero que muy creativa.

No le digo que no tengo ni idea de lo que es una oblata.

Anita hace la siguiente parada de la visita junto a una nevera-congelador de dos puertas en una galería. Abre la puerta de la nevera para enseñarme los estantes con huevos, leche y algunas manzanas. Cierra esa puerta con un golpe, abre el congelador y veo pasteles de carne en envases individuales y paquetes con cuatro rebanadas de pan integral cada uno. Esta comida es para los que no quieran comer en el comedor, explica.

No veré a las monjas más que en la iglesia, me advierte, como si me fuera a llevar una decepción. Las monjas viven en otro edificio, alargado y bajo, aislado por un seto y situado detrás de la iglesia: una zona escondida a la que no pueden acceder los huéspedes.

Por fin, mi cabaña, a la que Anita se refiere con el nombre de un santo que olvido inmediatamente. Las cabañas cercanas parecen desocupadas, pero ¿quién sabe? No pregunto si hay otros huéspedes. El sitio da la impresión de estar bastante vacío.

Anita abre la puerta con una llave, entra, descorre las cortinas y me enseña el mando a distancia del aparato de aire acondicionado de ciclo inverso. («Aquí hace mucho calor en verano, le sorprendería, pero mire, está en “calor”, ¿ve el símbolo del solcito?»). Coge un folleto plastificado de un pequeño escritorio — «Todo lo que necesita saber está aquí» — y lo vuelve a depositar donde estaba. Hace un gesto con la mano hacia la pequeña cocina, los botes, los armarios de la vajilla y, en direc-

ción contraria, hacia el oculto cuarto de baño. Después me sonrío y suelta un suspiro definitivo, como si las formalidades hubieran concluido y pudiéramos sentarnos a tener una conversación en condiciones. Le doy las gracias con resolución y me dirijo a la puerta. Parece aceptar que no tengo ganas de charla y se va.

Sola por fin, después de ojear el folleto y traer mis cosas del coche, me tumbo en el suelo, en el sitio sobre el que se proyecta la pálida luz del sol de la tarde. La bomba de calor funciona bien; la habitación no tarda en calentarse. La luz que entra por la ventana ilumina un pequeño crucifijo de madera colocado en la pared, encima del escritorio. El silencio es tan denso que me hace sentir rica.

Mi teléfono vibra y doy un respingo. Alex ha aterrizado en Heathrow; sus nuevos compañeros van a recogerlo. Contesto y me vuelvo a tumbar en el suelo. Ninguno ha dicho nada todavía, pero los dos sabemos que yo no lo voy a seguir. Los dos sabemos que él se sentirá aliviado.

Me doy cuenta de que aquí —una vez que Anita te da la llave y se aleja caminando con sus botas de piel de oveja— sería posible pasarse toda la estancia sin ver ni oír a un alma. Se acepta, lo dice el folleto plastificado, que los huéspedes puedan querer una soledad total, y son libres de no unirse a los demás para comer o para el culto. Se debe evitar el ruido. Nadie tendría por qué saber, hasta el final de la estancia, que uno ha decidido poner fin a su vida aquí, sobre la limpia moqueta de una habitación caliente y silenciosa. En este momento no se me ocurre un acto de bondad más grande que ofrecer semejante privacidad a un desconocido.

Pero mi huida es de un tipo diferente, menos definitivo.

Desde algún punto al otro lado de mi ventana llega el tenue cacareo de unas gallinas.

A las cinco decido intentar espabilarme uniéndome a las monjas en vísperas. Recorro el camino que conduce a la pequeña iglesia bajo la luz que declina, envuelta en silencio. El único sonido es el de mis pasos sobre la gravilla. Me siento en la fría iglesia y espero. Estaba equivocada en lo de que no hubiera otros huéspedes: dos mujeres se acercan decididas a la primera fila de los bancos de las visitas y se sientan. Parecen sentirse como en casa. Entonces, por una puerta en el extremo opuesto de la iglesia, empiezan a entrar las monjas, de una en una o de dos en dos. Hábitos marrones largos, cuello blanco. Algunas llevan las manos bajo el delantal que les cuelga sobre el hábito. Una de ellas, muy anciana, entra en una silla de ruedas eléctrica que da un ligero bote al pasar por encima de un resalte en el umbral de la puerta. Otra utiliza un andador. Son ocho en total: la mitad, al menos, bastante mayores. La hermana Simone también está. No nos mira; ninguna lo hace.

Sus bancos tienen un frontal de madera panelado, por lo que solo se las ve de cintura para arriba. Comienzan a cantar una serie de oraciones que me resulta imposible encontrar en los dos folletos fotocopiados que hay en mi banco, uno con pentagramas y otro con las letras de los salmos. Las monjas tienen voces muy agudas y muy finas, alguna muy bonita. Es una especie de cantinela: las mismas siete u ocho notas, repetidas una y otra vez.

Hay un fiel sentado un par de bancos por detrás de mí. Una voz de hombre suave y grave, interrumpida de vez en cuando por un carraspeo. El canto me hipnotiza, hasta que encuentro la página precisa en el folleto preciso y descubro que la letra es toda ella una denuncia de tal mal o de tales enemigos de Dios. La delicadeza de la cadenciosa cantinela contrasta con la contundencia de las palabras.

Al mirar a las mujeres me convengo de que las palabras que cantan carecen de significado; de que este ritual es puro cuerpo y subconsciente. Cíclicamente, siguiendo una señal que no logro identificar, hacen una profunda inclinación detrás del frontal de sus bancos y desaparecen durante un minuto. Y reaparecen después. Yo pienso en el yoga: tiene el mismo rítmico sosiego, la misma sumisión pausada, femenina.

Cuando todo acaba, me quedo un rato sentada después de que las monjas y las mujeres que están delante de mí (y el hombre al que no he visto) se han ido. Cuando por fin salgo, la iglesia está completamente vacía. Atravieso la penumbra del anochecer en dirección a mi cabaña.

Me impresiona la tranquilidad.

Para cenar tomo dos cuencos de cacahuets y tres vasos de vino.

El dolor de espalda es ahora intenso, agravado por las seis horas de conducción y el banco de madera, duro a pesar del cojín. Me tumbo en la moqueta con los brazos extendidos. Cuando me despierto veo a Jesús, que me mira desde su cruz.